

PALABRAS PARA UN PAISAJE

por Gabriel Rosales*

“Anduve en las búsquedas por la búsqueda misma, por indagarme y dije lo que no alcancé a redondear bien porque ¿cómo decirlo? ¿Cómo? En la espera serena vi venir imágenes desde adentro y afuera, inválidas y válidas, y puse lo que puse en el papel, lo aventé hacia”.

Jorge Leónidas Escudero

I

Un mundo.

Un paisaje en el mundo.

Un hombre en el paisaje de ese mundo.

Un hombre que es el mundo y el paisaje.

Un hombre que es una forma de mirar también.

Una forma particular de posar los ojos en el horizonte o la memoria.

Un hombre que es horizonte y memoria, ojos en el mundo, miradas en el paisaje.

¿Qué busca en el paisaje ese hombre?

Se busca en el paisaje, busca indicios, busca huellas de los que le precedieron.

Un lenguaje.

Algunas palabras en un lenguaje.

Un hombre en el lenguaje, en las palabras.

Un hombre que es lenguaje, es palabra y es forma de entonar también, música.

Un hombre que es eco de palabras viejas y promesa de grito.

¿Qué busca ese hombre?

Busca palabras justas. Se busca en las palabras justas.

¿Buscan verdad estos hombres en el paisaje, en las palabras?

Buscan verdad, o al menos, la más verosímil de las mentiras.

II

Una palabra en el paisaje.

Zaranda. Za-ran-da. Música particular la de esta palabra. Deben ser esas tres “a”, estratégicamente ubicadas, las que le dan un ritmo alegre, compañero y, por qué no, latinoamericano. Sí, ritmo de América como el Cha-cha-chá o la Zamba donde, y esto no es un dato menor, se suelen zarandear las caderas y las polleras.

Zaranda. Za-ran-da. Palabra dotada de una fuerte identidad pero versátil para las transformaciones. Sustantivo es, no hay lugar a dudas, pero no ofrece resistencias para conjugarla como un verbo que, con su música interna, invita al baile. Escuchen sino:

Yo zarandeo.

Tú zarandeas.

Él zarandea.

Nosotros zarandeamos.

Vosotros zarandeais.

Ellos (sin duda) zarandearán.



Desde Afuera

Zaranda. Za-ran-da. Palabra poética, imán de versos se podría decir, dotada de una extraordinaria capacidad para atraer rimas profundas y graciosas, por ejemplo:

Yo zarandeo bonito
para que quede lo grueso
y pase lo finito.

Zaranda. Za-ran-da. Misteriosa y abismática palabra que, si se sabe escuchar, invita a la reflexión, a la pregunta, a la expectativa: ¿Zarandear qué? ¿Zarandear cómo? ¿Zarandear por qué? ¿Zarandear para qué? Zarandear, zarandear pero... ¿Qué pasará? ¿Qué quedará? ¿No somos, acaso, cada uno de nosotros zarandas por donde pasa (y queda) el tiempo que nos lleva, el polvo que nos camina, las palabras que nos nombran y las ideas que nos idean?

Sí, definitivamente, podemos estar seguros. Nos zarandamos y luego, solo luego, existimos.

III

Ahora sí, por favor permítanme el atrevimiento. Déjenme conjugar esta palabra en la primera persona del singular para ver qué paisaje, qué palabras, qué música, qué rimas, qué preguntas, quedan después del zarandeo.

A ver memoria mía, gíreme en zamba. Alce, por favor, como un pañuelo a los recuerdos, hágalos bailar como usted sabe, haga que venga el embrujo de las palabras viejas.

Sí, gracias, ya veo una, una palabra veo venir, acunada en un paisaje de piedras, pequeña, encorvada, renga, tarareando un viejo valsecito criollo viene, toma forma, ya la puedo distinguir, es la Tía Pancha, la de Carolina, la que sabía tocar el acordeón, la que no tuvo hijos pero nos cuidó a todos, la que apenas sentía el murmullo de algún baile se calzaba los tacones altos y, esquivando las piedras, salía a enamorar paisanos.

- *¿Para donde va tía así tan linda?*
- *Para Inti Huasi voy, la cooperadora de la escuela organiza una milonga en la gruta.*
- *¿En la gruta? ¿Pero se puede ahí? ¿Cómo hacen con la música, la luz y todo eso?*
- *Me dijo tu abuela Cota que vienen "Los Diamantes" de La Toma, que traen verdulera, bombo y dos guitarras, además para cuando ellos se cansen está la vitrola a manija de los Luceros. Por la luz no hay problema, la gente cuelga faroles por todos los costados y por si hace falta yo llevo una lámpara a mecha.*
- *Mire que raro, yo pensé que en ese lugar no se podía hacer nada, por las pinturas, por eso que habían encontrado adentro.*
- *Vos decís por esa gente que vino de la ciudad, si... eso me lo contó la Macucha. Ella pasaba llevando la majada para Paso del Rey, ahí por los terrenos de los Luceros al lado de la gruta ¿viste? Me contó que había un montón de gente cómo limpiando el piso de tierra, desenterraban cosas creo. Me contó que había estado charlando con un señor de bigotes, un tal González, viste como es la Macucha vos, no hace falta darle mucha confianza para que le entre a la charla. Buena gente este González parece, bastante gauchito, si hasta la invitó a que comiera con ellos, pero la otra andaba muy apurada por que la agarraba la noche y los chicos la esperaban.*
- *Si por eso le decía que...*
- *Mirá no sé si habrá quedado algo, pero el baile lo organizan ahí, yo me estoy yendo para la casa de la Flora, ella ya tiene ensillado el Tobiano que era del marido y el Moro mansito que me sabe prestar para los viajes largos.*
- *¿Pero ha quedado algo ahí, en la gruta?*
- *Sé que había dibujos o algo así, pero ya se han borrado, creo que es por la humedad y las vertientes.*



Acá atrás del cerro, en las Labores Blancas, pasó lo mismo ¿Te acordás vos de ese lugar donde te llevaba a buscar oro? Ahí, cuando yo era chica, la Mamá Lola encontró algo parecido y le avisó al maestro Samuel que nos llevo a todos los chicos de la escuela a verlos, pero de esto hace años ya, historia vieja es, yo el otro día fui y no encontré nada.

- Y su acordeón tía ¿no lo lleva para la fiesta?

- Ya estoy vieja, ni me acuerdo de cómo se hacía para sacarle música, aunque a veces a los dedos se les da por la memoria y encuentran los acordes igualito que los perros de tu abuelo hallaban, sin que les dijéramos nada, los nidales de las gallinas perdidas.

- Bueno tía, que le vaya lindo y ojalá baile mucho

- Eso espero, pero de tan vieja que estoy ya pocos se me animan. La verdad es que no sé que les pasa, creerán que me voy a desarmar. No se dan cuenta, los muy zonzos, que en este cuerpito todavía hay cadera para zarandear un buen rato.

Se va la tía. Se va la palabra tía. Se va la palabra tía zarandeando su cadera remendada, con tacos altos va, bonita va, se hace humo, se hace recuerdo, borroso y transparente recuerdo se hace. Como diría el bueno de Cesar Vallejo, ya es otro aircito más en el viento de la historia.

IV

Las palabras se le caen de la memoria a la tía Pancha, los dibujos se le borran de las paredes a la Casa del Sol.

Las palabras en las que nos buscamos, los paisajes que somos, están siempre asechados por la nada del silencio o la indiferencia cómplice del olvido.

Por eso hay que buscar y decir que no es piedra sola la piel de este mundo que juntos caminamos, que no es remolino de polvo sin memoria eso que arrastra el viento. Decir que este mundo es mundo porque alguien tatuó la historia en sus espaldas, porque algunos, sin saberlo quizás, dibujaron una huella de sal en sus costillas.

Decir y excavar, excavarnos, buscar indicios, palabras, dibujos. Buscar lo que fue para saber lo que falta. Mirar atrás para caminar hacia adelante. Caminar hacia adelante seguros de donde venimos.

V

Un paisaje florecerá en ese hombre que reconstruye la memoria de los que en el mundo dejaron su huella.

Una palabra florecerá en ese hombre que busca en el lenguaje el sonido exacto de los que lo nombraron.

¿Serán los paisajes justos, las palabras exactas?

Escasas son las certezas en este viaje de preguntas pero ellos, como empecinados zarandeadores, buscan la verdad, o al menos, la más verosímil de las mentiras.

* Gabriel Rosales nació muy cerca de la Gruta de Inti Huasi, en La Carolina, provincia de San Luis, el 6 de mayo de 1980. Es docente universitario y bibliotecario. Ha publicado en diversas antologías provinciales y editado, en poesía, "Prohibido el paso" (Editorial Yügen. Córdoba, 2005) y "La huella en ningún lado" (Cooperativa Editorial Revistas Callejeras. San Luis, 2007).